

EL DESCUBRIMIENTO DE LA ALTERIDAD PENINSULAR EN LOS VIAJEROS IBÉRICOS DEL SIGLO XIX

A DESCOBERTA DA ALTERIDADE PENINSULAR
NOS VIAJANTES IBÉRICOS DO SÉCULO XIX

THE DISCOVERY OF THE ALTERITY IN THE IBERIAN
TRAVELLERS DURING 19TH CENTURY

César Rina Simón

Universidad de Extremadura

<https://orcid.org/0000-0002-8082-9171>

RESUMEN

En este artículo presentamos un análisis de los imagotipos nacionales presentes en la literatura de viajes en la península ibérica de la segunda mitad del siglo XIX. Los viajeros peninsulares, significativamente a partir de la conexión ferroviaria en 1866 entre Madrid y Lisboa, se lanzaron a reconocer al país vecino. Estos viajeros, iberistas en su mayoría, partieron para constatar la inexistencia de fronteras geográficas o culturales y sin embargo, a medida que tomaban contacto con el país, fueron constatando diferencias caracterológicas y construyendo imaginarios que reforzaban la alteridad peninsular. El viaje era una forma de imaginar la nación a partir del contacto con el diferente.

Palabras clave: Imagotipos, Península Ibérica, Literatura de Viajes, Nacionalismo, Otriedad.

RESUMO

Neste artigo apresentamos uma análise dos imagotipos nacionais presentes na literatura de viagens na Península Ibérica na segunda metade do Séc.

XIX. Os viajantes peninsulares, especialmente após a abertura do caminho-de-ferro em 1866 entre Madrid e Lisboa, lançaram-se ao conhecimento do país vizinho. Estes viajantes, iberistas na sua maioria, partiram com o objeto de constatar a inexistência de fronteiras geográficas e culturais mas, no entanto, ao longo da viagem constataram diferenças caracterológicas e construíram imaginários que reforçaram a alteridade peninsular. A viagem era um meio para imaginar a nação pelo contacto com o diferente.

Palavras-chave: Imagotipos, Península Ibérica, Literatura de Viagem, Nacionalismo, Outredade.

ABSTRACT

In this article we present an analysis of national imagotypes in travel literature in the Iberian Peninsula in the second half of the 19th century. Peninsular travellers, especially after the railway connection between Madrid and Lisbon in 1866, began to acknowledge the other country. These travellers, mostly supporters of the Iberian Union, set out to verify the non-existence of geographical or cultural borders. However, throughout their journey, they found characterological differences and built imaginaries that instead stated the peninsular alterity. The trip was a way of imagining the nation through contact with the other.

Keywords: Imagotypes, Iberian Peninsula, Travel Literature, Nationalism, Otherness.

Este artículo aborda el descubrimiento de la alteridad peninsular en los viajeros ibéricos del siglo XIX a través del análisis de la articulación de imagotipos y referentes caracterológicos nacionales. Para ello tomaremos como fuente central la profusa literatura de viajes producida en el interior de la península. Contamos con una amplia bibliografía relativa al romanticismo de los viajeros europeos, si bien

aún no se ha abordado de forma sistemática la construcción de imaginarios culturales en la literatura intraibérica, es decir, las crónicas de españoles y portugueses por la península, su autopercepción y las referencias al país vecino.

Las geografías literarias han abordado esta temática en conexión con la capacidad evocativa de los imaginarios espaciales y de los libros de ficción (Cairo y Lois, 2010; Lois, 2013). Esta metodología considera la novela como un campo de plasmación de imagnetipos nacionales. En este género literario, el espacio no es un parámetro objetivo, sino una forma de representación cargada de significación y susceptible de ser identificada con la esencia nacional (Gregory, 1995; Ortega Cantero, 1999). Las obras de ficción, la literatura de viajes, los manuales geográficos e históricos y los mapas han sido interpretados desde su potencial performativo para propiciar imágenes, metáforas y narrativas en torno a lo nacional. La amplia producción decimonónica de textos de viajeros permite acercarnos a los procesos de nacionalización y de legitimación de las identidades articuladas en torno a los estados modernos. Esta literatura contribuyó a extender imaginarios identitarios y caracterológicos entre las élites culturales y políticas peninsulares en relación a lo que era nacional o bien era extranjero.

Otra de las vertientes que cabe incorporar conceptualmente son los estudios imagológicos. Para imaginarse como miembros de una comunidad y ante la imposibilidad de su copresencialidad, los ciudadanos se apoyan en la síntesis de estereotipos, en los que tiene un papel fundamental la literatura de viajes. Como ha señalado Santos Unamuno (2009, 2012), las identidades en la modernidad se configuraron en torno a estereotipos proyectados hacia el interior y hacia el exterior. El estereotipo sería una herramienta cognitiva fundamental para gestionar la complejidad social y para proyectar una unicidad cultural fundamental para la consolidación de los imaginarios nacio-

nales (Cinnirella, 1997). Estas imágenes literarias contribuyeron poderosamente a los procesos de nacionalización (Leerssen, 2006). Para el caso ibérico, han sido varios los trabajos que han abordado las imágenes del otro como mecanismos de consolidación de la alteridad peninsular (De la Torre y Telo, 2001; Peralta, 2008; Fernández y Leal, 2012; Rina, 2020).

DESCUBRIR LA NACIÓN VIAJANDO

La mejora de las vías de comunicación, la paulatina extensión de la administración del Estado por todo el territorio nacional, la pacificación de espacios difícilmente transitables hasta la segunda mitad del siglo XIX por el bandidaje y la conexión ferroviaria peninsular, en 1866, facilitaron el incremento de viajeros peninsulares movidos por el deseo del descubrimiento del país fronterizo. Podemos hablar de la popularización entre las élites ibéricas de un viaje intrapeninsular de reconocimiento del territorio vecino —que era a su vez, al valerse de la comparación, una búsqueda del espíritu y de la caracterología nacional—. El romanticismo literario, muy ligado a los procesos de búsqueda de imagotipos, promovió el viaje como forma de ocio artístico-cultural y como experiencia intelectual de encuentro con la otredad. Muchos viajeros tomaron el ferrocarril con el empeño de escribir sus impresiones del país vecino (Serrano, 1993; García-Romeral, 1999 y 2001).

El viaje era una forma de imaginar la nación a partir del contacto con el diferente, sujeto a numerosos preconceptos que la literatura romántica había contribuido a generalizar bajo la noción de un mundo dividido en pueblos o naciones con caracteres diferenciados. Es en el contacto con el otro cuando se reafirman las autopercepciones, de ahí que lo extranjero sea fundamental en la configuración del relato nacional, bien sea por deslumbramiento, adaptación o rechazo. El interés por la literatura de viajes radica en

los elementos que constituyen esta comparación (Elsner y Rubiès, 1999; Outerinho, 2003).

La imagen de lo “español” y de lo “portugués” fue el resultado de un complejo proceso de adaptación, rechazo y transformación de visiones propias y ajenas, de hibridación y sincretismo, en un diálogo de ida y vuelta que condicionó las fórmulas y las prácticas de los considerados hábitos o caracteres nacionales. El romanticismo motivó numerosos viajes interiores en busca de las esencias nacionales o del eco de la historia. Algunos de estos libros eran respuestas a los “desatinos” y “consejos chistosos” de obras como la *Guía del Viajero en España* de Quétin publicada en París en 1841. La tensión entre la visión del otro y la autorrepresentación fue una constante en el siglo XIX y alentó obras como la *Guía del Viajero en España* de Mellado, cuyo objetivo era “corregir tan graves errores y mejorar cuanto posible fuese la opinión de los extranjeros que nos juzgan”, es decir, “prestar un servicio al país” (Mellado, 1842: V-VIII). Éste fue un lamento muy recurrente de los publicistas españoles y portugueses, atrapados entre los imagotipos orientalistas proyectados por los viajeros extranjeros y las pretensiones nacionalizadoras.

En esta línea, Juan Valera en 1868 se lamentaba que los trabajos “favorables o justos” sobre España habían sido poco leídos, “y en nada han modificado el mal concepto en que nos tiene el vulgo de las naciones extrañas”. La idea de que África comenzaba en los Pirineos estaba muy extendida: “a mí me han preguntado extranjeros si en España se cazan leones (...), me han explicado lo que es el té, suponiendo que no lo había tomado ni visto nunca (...)” (Valera, 1868: 55). La clave, según el diplomático y novelista, estaba en las narraciones fantásticas sobre lo español que proliferaban en Europa por parte de viajeros que visitaban la península con “el intento preconcebido de poner mucho color local en dichas impresiones, de que todo en

ello sea insólito” (Valera, 1868: 57). También advertía de la creciente desilusión del viajero europeo por España, al faltar “las singularidades que buscaban (...), y esto les enfurece. En efecto, ya apenas hay manolas y majos; tenemos ferrocarriles y algunas fondas; (...) y casi no hay bandoleros” (Valera, 1868: 59). Pero lo peor, según Valera, es que muchos españoles habían interiorizado el imago tipo del casticismo, la ociosidad, el carácter indómito, la religiosidad extrema y las carencias civilizatorias, o incluso las forzaban ante el viajero extranjero con el fin de cumplir con sus expectativas (Valera, 1868: 66-67).

En 1911 Miguel de Unamuno defendía las excursiones por España como la mejor forma de generar “amor y apego a la patria” (Unamuno, 2014: 187). Viajar propiciaba “ternura para con la tierra (...), los árboles (...), los ríos (...), se siente que son de nuestra raza también, que son españoles. Las cosas hacen la patria tanto más que los hombres.” Para amar la nación, no bastaba con conocerla teóricamente, “es menester conocer su cuerpo, su suelo, su tierra” (Unamuno, 2014: 190). Este modelo de experimentar la nación y reconocerla en sus paisajes, en sus obras de arte o en la caracterología y tradiciones populares había sido planteado por la tradición krausista y por el modelo pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza. Estos viajes mantenían un eje de centro-periferia, importante a la hora de calibrar los espacios hegemónicos de producción de imago tipos nacionales. El otro eje de las literaturas nacionalizadoras románticas se proyectaba desde el presente urbano y moderno de la ciudad hacia el pasado de lo rural, que conservaba el espíritu intacto y prístino de lo nacional. Su valor para el centro radicaba en su potencial para conectar la idea de progreso con una serie de narrativas e imaginarios tradicionales. A medida que avanzaba la construcción del Estado moderno, la economía capitalista, la industrialización y los procesos migratorios, la construcción simbólica del

paisaje específicamente nacional se convirtió en un tema central en la literatura de viajes.

Las expectativas iberistas condicionaron el relato de los viajeros, interesados principalmente en confirmar sus sesgos ideológicos previos ante la posibilidad de una unión ibérica (Pereira, 1995; Matos, 2017; Rina, 2017). Los autores iberistas, que emprendían su viaje con el ánimo de constatar las similitudes entre ambos pueblos, relataron la artificialidad de la frontera: “las barreras que nos separan a los dos pueblos son artificiales (...), las forman (...) los carabineros y guardas de las aduanas, en donde la lengua de los países es casi la misma, los usos y costumbres muy semejantes, con una historia que se confunde durante muchos siglos” (Mas, 1854: 21). Díaz y Pérez (1877: 354-355), por su parte, destacaba cómo la frontera “apenas si la forma unos pequeños marcos de piedra que a veces están escondidos (...). La naturaleza no ha puesto aquí ningún obstáculo serio que justifique la división del territorio (...). España y Portugal son dos pueblos enteramente hermanos”, lo que le llevaba a pronosticar que las fuerzas del progreso culminarían su “unificación.”

Sin embargo, a medida que los viajeros se internaban en el territorio del país vecino, las proclamas iberistas dejaban paso a la exposición de imagotipos enfrentados y, los elogios al paisaje compartido, se tornaban en la enumeración de las diferencias caracterológicas que explicarían la escisión política y cultural. Estas narrativas contribuyeron al agotamiento del iberismo político y consolidaron las expectativas de confraternización bajo el respeto inquebrantable de la alteridad peninsular, como es bien visible en la trayectoria intelectual de Oliveira Martins. En verano de 1894, ya agonizante, realizó un viaje por Castilla para empaparse del paisaje de la batalla de Toro de 1476 con el objetivo de escribir *O Príncipe Perfeito*. Las memorias de aquel viaje, *Cartas Peninsulares*, se publicaron de forma póstuma al año siguiente. En ellas, no hay duda de la alteridad peninsular,

caracterológica, cultural e incluso en términos paisajísticos, ya que observó cómo el Duero se transformaba al cruzar la frontera. España era una nación diferenciada plenamente de Portugal.

VIAJEROS IBÉRICOS POR LA PENÍNSULA

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las crónicas de viajes intra-peninsulares fueron un género muy recurrente entre iberistas portugueses y españoles, que plantearon sus viajes de reconocimiento espacial en el marco de sus expectativas unionistas. Su objetivo era constatar la similitud de paisajes, lenguaje, caracteres y espíritu de ambos pueblos, continuidades que justificarían la unión. El espacio imaginado y/o recorrido por los iberistas se convirtió en uno de los argumentos de peso para la construcción de un Estado-nación que abarcara a toda la península.

La línea férrea Madrid-Lisboa, inaugurada por los monarcas peninsulares en 1866, facilitó el intercambio y los viajes de ocio, culturales o diplomáticos (Litvak, 1991). Sin embargo, hasta esa fecha, los viajeros peninsulares no fueron muchos por la dificultad del transporte terrestre. Caben mencionar las legaciones diplomáticas y técnicas de las comisiones mixtas de fronteras y límites y las comisiones fronterizas para determinar el enlace ferroviario, como fue el caso del ingeniero de minas José Aldama Ayala. Este iberista publicó en 1855 un extenso *Compendio Geográfico-Estadístico* de Portugal donde pretendía confirmar la artificialidad de la frontera y la continuidad natural de ambas naciones. La obra contribuyó a proyectar una imagen de unidad sobre el espacio. Al iniciar los trabajos de la comisión, Aldama Ayala observaba “las grandes analogías que unen a ambos pueblos, su común origen, idioma, religión, costumbres y carácter de sus habitantes”, “de ser sus ríos y valles la prolongación de los nuestros” y “a quienes unió con lazo indisoluble la naturaleza” (Aldama Ayala, 1855: 3-4). Sin embargo, ambos vivían de espaldas

—el tópico más usado por los iberistas del Ochocientos y cuestionado por investigaciones recientes (Chato, 2004; Rina, 2016; Sáez Delgado y Pérez Isasi, 2018) — y anclados en recelos históricos que el mundo contemporáneo estaba despejando del derecho internacional por la fuerza civilizadora del progreso. La geografía de Portugal, como la de España, no se podía estudiar de forma aislada.

Durante el Sexenio Revolucionario se publicaron las obras de dos buenos conocedores de Portugal. La primera, de Antonio Romero Ortiz, Ministro de Gracia Justicia durante el Gobierno Provisional y de Ultramar en 1874, era una historia de la literatura portuguesa reciente, cuya publicación respondía al interés de fomentar el conocimiento mutuo de cara a “esa tendencia universal, poderosa, irresistible, que conduce a los pueblos hacia la unidad” (Romero Ortiz, 1869: 18). “Los dos pueblos peninsulares se tocan: no se levanta entre ellos una frontera natural formada por la mano de Dios (...), la línea irregular, caprichosa, imaginaria que los divide no se descubre en las antiguas cartas geográficas; hay necesidad de buscarla en el mapa oficial, ficticio y variable de la diplomacia” (Romero Ortiz, 1869: 5) Sin bien, “ni París, ni Londres, ni Washington distan tanto de Madrid como Lisboa.” (Romero Ortiz, 1869: 6).

Más interés en términos imagológicos tuvo la publicación de Gonzalo Calvo Asensio *Lisboa en 1870*, resultado de su estancia en Portugal como secretario del ministro plenipotenciario Fernández de los Ríos. Hay que destacar que está escrita en un contexto de máxima significación iberista, pues las expectativas peninsulares se habían multiplicado durante el Sexenio tanto desde el republicanismo como desde las filas monárquicas, que llegaron a ofrecer el trono de España a Fernando de Coburgo, padre del rey de Portugal. La obra comenzaba con el tópico de la indiferencia mutua: “hablarnos del vecino reino es para nosotros tan extraño, como si se tratara de darnos a conocer las costumbres, leyes y carácter de las institu-

ciones de la China (Calvo Asensio, 1870: VII). Pretendía superarlo ofreciendo un libro de historia de Portugal y de su sistema político y del iberismo. Calvo Asensio no escondía sus ideales iberistas que sustentaba en unas narrativas progresistas en las que la unión de los pueblos no suponía pérdida de la identidad nacional, sino más bien una protección ante la tiranía. Una vez reconocida la historia compartida y el determinismo geográfico que movía a los dos estados a la unidad, el autor confirmaba el gran “contraste” en la vida y costumbres de ambos pueblos con una serie de imagotipos que, si bien no eran estrictamente novedosos, comenzaron a consolidar los imaginarios españoles sobre los portugueses. Para el diplomático, españoles y portugueses compartían la imaginación, la poesía, el escaso interés por la industria y el comercio, la abundante palabrería, la fanfarronería e incluso la exageración de las glorias nacionales. Estos elementos formaban parte del sustrato romano y árabe compartido. Sin embargo, las diferencias eran notables desde la independencia lusa: “El portugués no es alegre, decididor, entrometido, no es bullicioso, ni picante (...), su natural severidad le priva de estas condiciones.” Y seguía: “el portugués es impassible, severo, grave hasta la exageración y en su vida íntima, en lo amante que es del hogar, en lo poco aficionado a paseos y teatros ni a espectáculos que de su casa le alejen, en lo poco dispuesto que está siempre a abrir sus puertas al primer advenedizo, y en lo tarde que concede su amistad” (Calvo Asensio, 1870: 48-49). Este carácter era el resultado de la influencia y protección ofrecida por Inglaterra en los últimos siglos. El libro está repleto de comparaciones caracterológicas y esencialistas que comenzaron a calar en la opinión pública de ambos países.

Otra memoria de un viaje a Portugal durante el Sexenio fue la del escritor Modesto Fernández y González, un intenso recorrido en ferrocarril en el que iba parando a pernoctar en los puntos más destacados para hacer unas descripciones histórico-artísticas –como

posteriormente hiciera Nicolás Díaz y Pérez (1877) —. Recordaba el autor que antes los viajes estaban restringidos a los diplomáticos y a los exiliados. Puesta la vista sobre el mapa, la separación era el resultado del “espíritu autoritario de ciertas edades”. El ferrocarril, las migraciones, las visitas regias, la unión postal y telegráfica, la navegación del Duero y del Tajo, las asociaciones peninsulares y los actos de confraternización permitían invertir la dinámica de espaldas enfrentadas (Rina, 2017). Al cruzar la frontera entre Badajoz y Elvas, no advirtió “señales que distinguen a las naciones. Ni una montaña elevada, ni un río caudaloso, ni un valle profundo, ni una vegetación diferente señalan los confines de España y Portugal. (...) El viajero pasaría, a buen seguro, sin apercibirse de la nacionalidad de los habitantes, si la aduana de Elvas no obligase al reconocimiento de equipajes” (González y Fernández, 1874: 61). La obra es muy rica en comparaciones imagológicas. Nada más entrar en Elvas, percibe que “la independencia nacional es el sentimiento vivo de todas las clases, de todas las inteligencias, de todas las edades y de todas las fortunas.” Se trataba de un nacionalismo transversal a todas las clases y generaciones. “Respetemos, como españoles, este sentimiento. Nosotros también somos amantes de la independencia nacional” (González y Fernández, 1874: 66). Pero el respeto a la alteridad política peninsular no impedía el acercamiento y conocimiento mutuo. En este sentido, consideraba que Madrid y Lisboa eran dos ciudades con caracteres radicalmente diferenciados, representantes de dos almas nacionales antagónicas. Si Madrid era alegre, bulliciosa, inquieta, de cafés llenos de gente y calles atestadas de curiosos, “pueblo de la alegría y del dolor, del regocijo popular en las calles y en los paseos, en los teatros y en las plazas públicas y de la tristeza en el hogar doméstico”, Lisboa, por su parte, era triste, retraída, melancólica, ensimismada, sin cafés abundantes, “tranquila por la noche y despierta por el día”, sin emociones, sin batallas periodísticas... “Si pudiera reunirse en un

solo pueblo la gracia y la alegría de los madrileños con la seriedad y la prudencia de los lisbonenses, ese pueblo sería uno de los más perfectos de la tierra” (González y Fernández, 1874: 168-169). Estas diferencias se debían al influjo británico sobre Portugal. En los cafés de Lisboa, “las mesas ocupadas por la gente que chille, ríe, aplauda, levante la voz, discuta acaloradamente, mueva los brazos, lastime la mesa con las manos, ésas, están al servicio de los españoles” (González y Fernández, 1874: 230). Porque “los portugueses viven sin emociones, sin trastornos, sin dificultades, con una tranquilidad perfecta y con un orden admirable” (González y Fernández, 1874: 247). Pese al interés por Portugal, estos viajeros manifestaron su entusiasmo de volver a España: “el regreso a la madre patria endulza todos los pesares y extingue todas las amarguras” (Fernández y González, 1874: 475), pues el viaje de reconocimiento del otro estaba intrínsecamente ligado a la búsqueda de lo propio.

En este período de intensificación de los contactos peninsulares, numerosos portugueses viajaron a Madrid por el interés de acercarse a los acontecimientos revolucionarios o bien por el marco de la nueva política de acercamiento planteada por los gobiernos españoles. En estos relatos, los elogios al carácter y la acogida española comparten espacio con los recelos a las proclamas iberistas (Chagas, 1872; Cordeiro, 1874). El principal acto de confraternización peninsular fue el encuentro en mayo de 1871 en Madrid organizado por la prensa progresista, por la embajada española –Fernández de los Ríos y Calvo Asensio– y por las compañías de ferrocarril, para agasajar a sus homólogos portugueses que habían acogido anteriormente una visita de casi un millar de periodistas y académicos a Lisboa (Joaquín Martínez, 1871), con el objetivo de despertar el interés mutuo. Trescientos trece portugueses –según el cálculo de Rodrigues (1871)– acudieron a la llamada del periódico y viajaron en ferrocarril a la capital española, donde fueron agasajados en cada parada.

Varias publicaciones portuguesas narraron ese encuentro (Coutinho Junior, 1871; Goodolphim, 1871; Rodrigues, 1871; Junqueiro, 1871) más múltiples referencias y crónicas de los actos y de los discursos en la prensa periódica (Chato, 2004; Peralta, 2012; Rina, 2016). Todas coincidían en los actos de confraternización y en la superación del imagotipo anexionista español, aunque fueron recibidos de vuelta en Lisboa con manifestaciones de animadversión, acusados de iberismo, uno de los principales recursos retóricos de la política portuguesa del Ochocientos (Matos, 2017).

Los escritos portugueses sobre aquel viaje de confraternización tienen especial interés, ya que a la vez que destacar apuntes caracterológicos positivos del país vecino, tenían que sortear el recelo antiiberista en los debates públicos portugueses. Así, Rodrigues (1971: 9) insistía en el perfil geoestratégico del acercamiento peninsular “tem muito a ganhar com as boas relações”, pues fortalecerían la independencia de ambos países. Es relevante que en todos los libros de viajes portugueses sin un ánimo explícitamente iberista-político se introdujeran constantes anotaciones y justificaciones referentes a la independencia nacional: “não penso na união ibérica, nem a desejo, nem a quero. Desejo e quero as boas relações dos dois povos da península” (Rodrigues, 1971: 31). Rodrigues acusaba a los críticos con el viaje de “falsos patriotas” y de actuar con “ignorância y malevolência” (Rodrigues, 1971: 84). En el viaje de regreso, fueron recibidos en todas las estaciones españolas con vivas a la península, pero recalaba: “em todas as ocasiões, portugueses e hespanhoes victoriaram as duas nações livres e independentes” (Rodrigues, 1971: 137). El viaje coincidió con otro proyecto intelectual determinante para las culturas políticas lusas: la convocatoria, el 16 de mayo, de las Conferencias Democráticas del Casino por el grupo del *Cenáculo*, con Antero de Quental a la cabeza. La primera conferencia la daría él mismo, *Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares*, que supuso

un primer intento de categorización de la decadencia peninsular y de su pasado compartido (Quental, 2017).

El año 1871 es fundamental para comprender los contactos peninsulares. Además de los actos de confraternización celebrados en Madrid y en Lisboa ya mencionados, y además de las expectativas iberistas abiertas por el Sexenio –con el apoyo del republicanismo y federalismo luso, que vio en la revolución española una oportunidad para extender sus principios políticos a Portugal–, el año es importante porque se inauguró la línea de trenes de recreo entre Madrid y Lisboa –vía Ciudad Real y Badajoz–, a bajo coste. Esto estimuló los viajes de intelectuales y se tradujo en la publicación de guías y memorias viajeras que ahondaron en los imagotipos nacionales (Molina, 1871; Díaz y Pérez, 1877; Giner de los Ríos, 1888; Labra, 1889; o los portugueses Coutinho, 1871; Chagas, 1872; Cordeiro, 1874; Lima, 1877; Ávila, 1878; Dias, 1879; Andrade, 1887; Olivera Martins, 1895; Assumpção, 1896, entre otros). Esta relación responde a la etapa dorada de la literatura de viajes peninsulares, entre el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, sólo superado por dinámicas turísticas actuales que también merecen un tratamiento en clave imagológica.

En los debates públicos portugueses, el iberismo tenía una difícil extensión, ya que se había convertido en una herramienta de nacionalización por oposición. “Existe gran repugnancia entre los portugueses hacia la unión con España” (Molina, 1871: 165). Ante este obstáculo, Molina en su *Portugal: su origen, constitución e historia política, en relación con la del resto de la Península*, consideraba que los iberistas españoles debían esconder su ideología en proclamas de confraternización. “La aspiración es buena, pero debe emplearse cierta hipocresía, disculpable por la rectitud del fin, para hacer que el pensamiento se acepte y no existan las preocupaciones patrióticas o de autonomía de los portugueses” (Molina, 1871: 165). Ante esta

barrera, el libro pretendía extender el conocimiento general sobre Portugal de cara a propiciar en el futuro dinámicas de acercamiento. La obra repasaba profusamente la historia de Portugal, que se remontaba al siglo XII –apoyándose en los planteamientos de Herculano y de Oliveira Martins, para los que la independencia era el resultado del ímpetu individual de Afonso Henriques–. Antes de esa fecha, la historia de España y Portugal se confundían.

Tras el fracaso de la revolución española, los iberismos quedaron al margen del turnismo político y perdieron buena parte de su potencial como narrativa regeneradora. Las publicaciones de carácter peninsular, con sus múltiples vertientes, pasaron del programa político iberista al libro de viajes, transformándose el país vecino en un espacio de exploración identitaria más que en una expectativa política de regeneración nacional. Esto no provocó la renuncia automática a un futuro ibérico, pero quedaba aplazado por la coyuntura o por el rechazo generado entre la opinión pública portuguesa. La confraternización, desde la visión española, desencadenaría un acercamiento paulatino que, a largo plazo, provocaría la unión peninsular.

Con la inauguración del ferrocarril también proliferaron guías de viajes con informaciones técnicas de horarios, tarifas, distancias y diarios, así como mapas y memorias resultado de la visita al país vecino. Estas obras tenían un fuerte contenido nacionalizador, en cuanto que repasaban las diferencias caracterológicas de españoles y portugueses. Aunque la historia y la geografía determinaran la unidad natural de los pueblos peninsulares, y a pesar de que el autor de la guía o de la memoria de viaje planteara expectativas iberistas, todos los autores que recorrieron la península en la segunda mitad del siglo XIX señalaron diferencias esenciales a nivel caracterológico.

Uno de los más divulgados fue *Impresiones para servir de guía al viajero*, de los hermanos Giner de los Ríos. Contenía abundante información para realizar una visita turística a Portugal, especialmente a

su capital. En relación al imago tipo portugués, insistían en el influjo anglosajón frente al idealismo de la raza latina (Giner de los Ríos, 1888: 260) y en el vivir antiguo del pueblo portugués, unas décadas atrasado respecto a España. Además de estas ideas, que contaron con especial arraigo en los tópicos peninsulares, criticaron el creciente interés de los estados-nación europeos de explicar Geografía y Cartografía apenas con el mapa de la nación, estableciendo y recortando el espacio. En Portugal, según los hermanos Giner de los Ríos y por rechazo al iberismo, los mapas no representaban la península. “Esto ha labrado en muchas pobres gentes, que salidos de la instrucción primaria no tuvieron ocasión de volver a fijar la vista en una carta geográfica, la profunda convicción de que la vecindad con España no supone ese parentesco de continente que la Naturaleza ha escrito con sus dedos.” (Giner de los Ríos, 1888: 256)

La consolidación de dos culturas nacionales antagónicas en el espacio peninsular provocó que los viajeros fueran incorporando paulatinamente más diferencias caracterológicas e imagotípicas entre los dos pueblos. Así lo atestiguó el mexicano Gustavo Baz en 1885. La independencia portuguesa no sólo supuso una escisión política, sino la división “en dos hablas” y, por extensión, en dos literaturas que fueron alejando las esencias nacionales de su matriz (Baz, 1885: 84-86). A su vez, señalaba el creciente interés mundial por la adscripción nacional del paisaje, que fue un tema central para los viajeros por España y Portugal del cambio de siglo.

Las crisis finiseculares de 1890 y 1898 reavivaron las expectativas iberistas, bien desde el plano unionista –juntar fuerzas en un orden internacional dominado por grandes imperios–, bien desde el estrechamiento de lazos de solidaridad entre dos culturas nacionales sumidas en narrativas de la decadencia. El ultimátum de 1890 desencadenó muestras de solidaridad española con Portugal. Se organizaron múltiples encuentros y manifestaciones de apoyo, en

los que cobraron especial protagonismo los republicanos y los estudiantes universitarios. En febrero de 1890, se celebraron diferentes encuentros estudiantiles en Oporto, Coimbra o Lisboa (Vázquez Cuesta, 1975; Rina, 2016) y en marzo se creó la Federación Ibérica de Estudiantes. Jóvenes portugueses visitaron España ese mismo año en un acto de confraternización acogidos por los docentes de la Institución Libre de Enseñanza y por los círculos republicanos de Castelar, Pi y Margall, Llano y Persi, Pérez Galdos, Ruiz Zorrilla, José María Esquerdo o Salmerón, aunque también proclamaron su solidaridad y afinidad para con Portugal los monárquicos. Las crónicas de estos viajes ahondaron en las proclamas iberistas, e incluso durante las conmemoraciones oficiales del *1º de Dezembro* en Lisboa se escuchó una ovación a la legación española. Más que programas iberistas, estas manifestaciones se centraron en rechazar la actitud del gobierno británico e hicieron un llamamiento a la confraternización regeneradora de dos pueblos en decadencia con un tiempo y un espacio compartido. Estos encuentros estimularon los viajes a uno y otro lado de la frontera y acrecentaron los contactos de las élites culturales y políticas peninsulares. El 7 de julio de 1890, el panlatinista y republicano luso Magalhães Lima pronunció un discurso en el banquete organizado por el Círculo Republicano Progresista de Madrid, cuestionando los imatopos enfrentados. “Vós não sois, nem podeis ser estrangeiros para mim. Além da Espanha e Portugal serem dois povos irmãos, há já muito tempo que a democracia banuiu a palavra estrangeiro. No meio de vós sinto-me tão satisfeito e feliz como se estivesse no meio da minha própria família.” Sus palabras no negaban la independencia de Portugal. “A pátria não é uma simples expressão geográfica, nem um pedaço de terra, (...) é o lugar onde desenvolvemos (...) a nossa natureza racional (...). A pátria está onde existe a liberdade” (*Las Dominicales*, 12/07/1890; Lima, 1927). Para Lima, las ideas

nacionales eran perfectamente compatibles con los proyectos regeneracionistas transnacionales.

Una de las obras referenciales del imagotipo español en la cultura portuguesa la firmó Lino de Assumpção. A medida que avanzaba su viaje en ferrocarril, “eu ia vendo quanto é tenaz e conservador o hespanhol” (Assumpção, 1896: 91). Lo confirma a su llegada a Madrid, no tanto en Vigo, donde aún percibe el alma portuguesa. La diversión y la fiesta son piezas clave de lo español. Apoyaba su visión en una cita de Jovellanos por la cual los españoles no necesitaban que el gobierno los divirtiera, sino que los dejara divertirse. En las pocas horas que encuentra para su descanso, el español inventa su entretenimiento, le basta la libertad para disfrutarlos. Este carácter no dejaba indiferente a nadie: “ninguém pode duar (...) que constituem uma nação fundamentalmente característica, embora cada província, ou antes cada zona, conserve uma individualidade regional” (Assumpção, 1896: 93). Madrid, en este sentido, sería la ciudad más eminentemente española—como también observara Oliveira Martins en 1895 (*apud* García-Romeral, 2001), donde se unen “los caracteres regionales bajo la hegemonía castellana: el andaluz bullicioso e imaginativo, el valenciano casi moro, el aragonés constante y duro, el catalán industrial y activo, el vasco, el navarro, el asturiano, ingenuos, fieles y fuertes, el gallego perspicaz y paciente y el extremeño aventurero”—, síntesis de los prototipos nacionales (Assumpção, 1896: 106): “O povo hespanhol parece que nasceu dançando e cantando.” Pese a la modernidad del país, de influencia francesa, el autor reconoce la marcada presencia del carácter nacional: “para quem observar aos hespanhoes superficialmente por vezes se lhe affigurarão serem personagens d’opera cômica, perdidos em plena civilização.” Pero, quien los estudia a fondo, “vera que eles possuem serias faculdades de progresso, um instinto fortíssimo de assimilação, e que mesmo nas suas ostentações aparatosas, no seus mais repelentes espetáculos,

como seja um touro estripando cavalos (...)” También le sorprende en términos positivos el conservadurismo “regional espanhol”, “o amor do torrão pátrio”. Esto es una “virtude, uma força que vae contrabalançar o cosmopolitismo christão, generosamente sonhado por utopistas, desequilibrados e proclamado a punhal e dynamite pelos caseiros costumazes e Salvadores que se fingem arrependidos” (Assumpção, 2001: 94).

Rápidamente, Lino d’Assumpção descubrió al otro en lo español: “Podemos sentir ao que existe de dessemelhante entre o seu e o nosso temperamento e que por vezes nos desagrada ou melindra; mas somos obrigados a confessar que os nossos visinhos constituem um grande povo, (...) que não se confunde com algum outro, (...) é sempre um hespanhol: um indivíduo altivo, exuberante, patriota, inconfundível com qualquer outro.” E insistía: “não sei quem disse que o portuguez é um hespanhol atenuado. E esta uma das muitas phrases falsas que andam correndo mundo como aforismo. O hespanhol é sempre hespanhol; o portuguez raras vezes é portuguez” (Assumpção, 2001: 5). Lino d’Assumpção se refiere a la impronta inglesa y francesa del carácter, el sistema político y la cultura portuguesa, a diferencia de la española, no contaminada de extranjerismos por la fuerza de su carácter. Portugal había caído en la imitación del modelo francés. “Em nada de esto parecem connosco os hespanhoes. Eles apregoam as suas virtudes, exageram as suas qualidades e por tal forma equilibram o progresso com a tradição” (Assumpção, 2001: 6). De esta forma, “o hespanhol jamais se confunde, é sempre espanhol dentro de Hespanha e no mais recôndito canto do mundo” (Assumpção, 2001: 8). Esto mismo señaló Oliveira Martins (1895) en sus *Cartas Peninsulares*. Según el historiador portugués, quien buscase lo pintoresco, lo antiguo, debía viajar a España, último reducto de Europa donde se conservaba. Para Lino d’Assumpção, lo español se caracterizaba por la altivez y el ímpetu revolucionario y batallador –

“tem mudado de reis e de constituição, mas tem conservado sempre as cores vivas da sua bandeira” (Assumpção, 2001: 8)–. La diferencia esencial de los pueblos peninsulares se hacía visible desde la ciudad fronteriza de Badajoz. Allí, destacaba, nada es ya portugués. “Verifica-se aqui a manifesta e clara diferença de raça, sente-se a distincção nítida de dois povos”, a diferencia de Galicia con la frontera, “onde o Minho corre separando duas nações, quase através d’um mesmo povo” (Assumpção, 2001: 130).

CONCLUSIONES

A lo largo de este artículo hemos constatado cómo la literatura de viajes supone una fuente muy relevante para la comprensión de los procesos de nacionalización y la construcción de la alteridad ibérica en la segunda mitad del siglo XIX. Su análisis nos permite acercarnos a los imaginarios y a la dialéctica entre las narrativas de unidad/alteridad y los procesos de definición de los fundamentos nacionales. En el caso peninsular, las narrativas de viajes, aunque una parte relevante tuvieran propósitos iberistas, ahondaron en la caracterización de dos pueblos que, si bien compartían un tiempo y un espacio, contaban con esencias nacionales e imagotipos diferenciados.

De esta forma, los iberismos del siglo XIX fueron contrarrestados por el potencial performativo de la literatura de viajes y por los propios viajeros, que rápidamente encontraron en el pueblo vecino ingredientes que justificarían la dualidad peninsular. Tal y como hemos desarrollado en este análisis de la literatura producida por los viajeros ibéricos, políticos, escritores, diplomáticos, exiliados y escritores visitaron el país vecino con pretensiones iberistas iniciales pero, a medida que cruzaban la frontera y se internaban, fueron desarrollando una idea del “otro” esencialista e imagotípica. Ésta, fue una herramienta fundamental para los procesos de nacionalización de los estados modernos, y específicamente en el ámbito peninsular, cuyos

horizontes identitarios han estado marcados por una tensión oscilante entre el acercamiento y la distancia.

REFERENCIAS

- ALDAMA AYALA, José (1855). *Compendio Geográfico-Estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas*. Madrid: Imp. Viuda de d. Antonio Yenes.
- ANDRADE, Anselmo de (1887). *Viagem na Hespanha*. Lisboa: Manuel Gomes.
- ASSUMPCÃO, Tomas Lino D' (1896). *Em Hespanha: arte e paisagem*. Lisboa: Typ. do Jornal O Dia.
- ÁVILA, Carlos Lobo D' (1878). *Carteira de um viajante. Apontamentos a lápiç*. Lisboa: Typ. Universal.
- BAZ, Gustavo A. (1885). *Cartas sobre Portugal*. Madrid: Imp. de Moreno y Rojas.
- CAIRO, Heriberto y María LOIS (2010). "Novela y nación. Las transformaciones del imaginario espacial nacional: el caso gallego", en Heriberto Cairo y Javier Franzé (eds.), *Política y Cultura: la tensión de dos lenguajes*. Madrid: Biblioteca Nueva. 77-108.
- CALVO ASENSIO, Gonzalo (1870). *Lisboa en 1870. Costumbres, literatura y artes del vecino reino*. Madrid: Imp. de los Srs. Rojas.
- CHAGAS, Manoel Pinheiro (1872). *Madrid*. Lisboa: Editores C. S. Afra e Cia.
- CHATO, Ignacio (2004). *Las relaciones entre España y Portugal a través de la diplomacia (1846-1910). La incidencia de la política exterior en la construcción de la identidad nacional*, 2 vols. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- CINNIRELLA, Marco (1997). "Ethnic and national stereotypes", en Cedric Barfoot (ed.), *Beyond Pug's tour. National and ethnic stereotyping in theory and literary practices*. Amsterdam: Rodopi. 37-51.
- CORDEIRO, Luciano (1874). *Viagens: Hespanha e França*. Lisboa: Imp. de J. G. Sousa Neves.

- COUTINHO JUNIOR, Albano (1871). *Cinco días em Madrid*. Lisboa: Imp. de J. G. Sousa Neves.
- DE LA TORRE, Hipólito y António José TELO (eds.) (2001). *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- DÍAS, S. (1879). *A Espanha Moderna*. Porto: Imprensa Portuguesa.
- DÍAZ Y PÉREZ, Nicolás (1877). *De Madrid a Lisboa (impresiones de un viaje)*. Madrid: Tipográficos de M. Minuesa.
- ELSNER, Jás y Joan-Pau RUBIÈS (eds.) (1999). *Voyages and Visions: Towards a cultural history of travel*. Londres: Reaktion Books.
- FERNÁNDEZ, María Jesús y María Luisa LEAL (coords.) (2012). *Imagologías Ibéricas: construyendo la imagen del otro peninsular*. Mérida: Gabinete de Iniciativas Transfronterizas.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Modesto (1874). *Portugal Contemporáneo. De Madrid a Oporto pasando por Lisboa (Diario de un caminante)*. Madrid: Imp. Manuel Tello.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco y Hermenegildo (1888). *Portugal. Impresiones para servir de guía al viajero*. Madrid: Imp. Popular.
- GOODOLPHIM, José Cipriano da Costa (1871). *Visita a Madrid*. Lisboa: Typ. Universal.
- GARCÍA-ROMERAL, Carlos (2001). *Viajeros portugueses por España en el siglo XIX*. Madrid: Miraguano Ediciones.
- (1999). *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XIX)*. Madrid: Ollera & Ramos.
- GREGORY, Derek (1995). “Imaginative geographies”. *Progress in Human Geography*. 19: 447-485.
- JUNQUEIRO, H. C. (1871). *Uma viagem de recreio a Madrid por ocasião da festa de Santo Isidro*. Setúbal: Imp. Setubalense.
- LABRA, Ricardo María de (1889). *Portugal Contemporáneo*. Madrid: Biblioteca Andaluza.

- LEERSSEN, Joep (2006). *Nation Thought in Europe. A Cultural History*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- LIMA, Sebastião de Magalhães (1927). *Episódios da minha vida. Memórias documentadas*. 2 vols. Lisboa: Liv. Int. de Armando J. Tavares.
- (1877). *Costumes madrilenos. Notas de um viajante*. Coimbra: Liv. Central de José Diogo Pires.
- LITVAK, Lily (1991). *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*. Barcelona: El Serbal.
- LOIS, María (2013). “La frontera narrada: historia, novela e imaginarios fronterizos en la Raya Seca”. *Historia y Política*. 30: 145-173.
- MARTÍNEZ, Benigno Joaquín (1871). “Portugueses en Madrid y españoles en Lisboa”. *La Iberia*, 15/05/1871.
- MATOS, Sérgio Campos (2017). *Iberismos: nação e transnação, Portugal e Espanha, 1807-1931*. Coimbra: Universidade de Coimbra.
- MARTINS, Joaquim Pedro de Oliveira (1895). *Cartas Peninsulares*. Lisboa: A. M. Pereira.
- MAS, Sinibaldo de (1854). *La Iberia. Memoria sobre la Conveniencia de Unión Pacífica y Legal de Portugal y España*, 3ª ed. Madrid: Imp. Rivadeneyra.
- MELLADO, Francisco de Paula (1842). *Guía del viajero en España*. Madrid: Establecimiento Tipográfico.
- MOLINA, César Antonio (1990). *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa*. Madrid: Akal.
- MOLINA, Ricardo (1871). *Portugal: su origen, constitución e historia política, en relación con la del resto de la Península*. Sevilla: Biblioteca Económica de Andalucía.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (1999). “Romanticismo, paisaje y Geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX”. *Ería*. 49: 121-128.
- OUTEIRINHO, Fátima (2003). “Representações do Outro na narrativa de viagem oitocentista”. *Cadernos de Literatura Comparada*. 8-9: 67-76.

- PERALTA, Beatriz (2008). “La imagen de Portugal en los viajeros españoles del siglo XIX” en T. Brandenberger, E. Hasse y L. Schmuck (eds.), *A Construção do Outro: Espanha e Portugal frente a frente*. Tübingen: Calepinus Verlag. 177-195.
- (2012). “Viajes y Política durante el reinado de Amadeo de Saboya (1871-1873)”, en María Jesús Fernández y María Luisa Leal (coords.), *Imagologías Ibéricas: construyendo la imagen del otro peninsular*. Mérida: Gabinete de Iniciativas Transfronterizas. 387-403.
- PEREIRA, Maria da Conceição Meireles (1995). *A Questão Ibérica. Imprensa e Opinião (1850-1870)*. Tesis Doctoral. Universidade de Porto.
- QUENTAL, Antero de (2017). *Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares*. Madrid: La Umbría y la Solana / Marcial Pons.
- RINA, César (2016). *Iberismos. Expectativas peninsulares en el siglo XIX*. Madrid: Funcas.
- (2017). “De la frontera cuestionada a la frontera construida. Iberismos y estado-nación en el siglo XIX”. *Revista de História das Ideias*. 35: 201-226.
- (2020). *Imaginar Iberia. Tiempo, espacio y nación en el siglo XIX en España y Portugal*. Granada: Comares.
- RODRIGUES, Jose Maria Pereira (1871). *Uma visita a Madrid*. Lisboa: Typ. Universal.
- ROMERO ORTIZ, Antonio (1869). *La literatura portuguesa en el siglo XIX*. Madrid: Tip. de Gregorio Estrada.
- SÁEZ DELGADO, Antonio y Santiago PÉREZ ISASI (2018). *De espaldas abiertas. Relaciones literarias y culturales ibéricas (1870-1930)*. Granada: Comares.
- SANTOS UNAMUNO, Enrique (2009). “De la Imagología a los *Image Nation Studies*: prolegómenos de una propuesta teórica”, en S. Crespo et. al. (eds.), *Teoría y análisis de los discursos literarios. Estudios en homenaje al Profesor Ricardo Senabre Sempere*. Salamanca: Universidad de Salamanca. 425-432.

- (2012). “La identidad como estereotipo: los estudios imagológicos frente a las coartas de la Literatura”, en María Jesús Fernández y María Luisa Leal (coords.), *Imagologías ibéricas: construyendo la imagen del otro peninsular*. Mérida: Gabinete de Iniciativas Transfronterizas. 33-54.
- SERRANO, María del Mar (1993). *Viajes de Papel. Repertorio bibliográfico de guías y libros de viajes por España, 1800-1902*. Tesis Doctoral. Universitat de Barcelona.
- UNAMUNO, Miguel de (2014). *Por tierras de Portugal y España*. Madrid: Alianza.
- VALERA, Juan (1868). “Sobre el concepto que hoy se forma de España”. *Revista de España*. 1.
- VÁZQUEZ CUESTA, Pilar (1975). *Espanha ante o Ultimátum*. Lisboa: Livros Horizonte.

